

VI

Pasaron días. Octubre empezó de una manera espléndida: un otoño ardiente, una calurosa pasión de estío en plena madurez, sin una nube en el cielo.

Después el tiempo cambió; soplaron vientos terribles, y la postrera tempestad barría las pendientes.

Era un nuevo infierno. Ya no había vivos altercados entre Pascual y Clotilde; ya no se oían portazos ni gritos que obligasen á Martina á subir á todas horas. A la sazón apenas se hablaban; no habían cruzado palabra siquiera sobre la escena de la noche. El, por escrúpulo no explicado, por singular pudor, de que no se daba cuenta, no quería reanudar la conversación, no quería exigir la respuesta esperada, la palabra de sumisión y de fe. Ella, después del gran sacudimiento moral que la transformaba totalmente, seguía reflexionando, vacilando, luchando, y, bajo el in-

flujo de su rebelión instintiva, evitaba la solución, para no ceder. Y proseguía la mala inteligencia, en medio del gran silencio de la misera casa, donde ya no había felicidad.

Fué una de las épocas en que el doctor sufrió horriblemente sin quejarse. Aquella calma aparente no le tranquilizaba; al contrario. Vivía en continuo recelo, figurándose que seguían las maquinaciones, y que, si aparentaban dejarle en paz, era para tramar en la sombra los planes más tenebrosos. Sus inquietudes llegaron á crecer hasta el punto de esperar todos los días una catástrofe, de ver ya sepultados sus papeles en abismo repentinamente abierto, y á toda la Souleiate arrasada, arrebatada por los aires, volando hecha polvo. La persecución insidiosa contra su pensamiento, contra su vida moral é intelectual, era para él tan desanimadora é intolerable, que se acostaba por la noche con calentura. A menudo se estremecía y se volvía bruscamente, como si fuese á sorprender al enemigo á su espalda, fraguando alguna traición; y no había nadie, ni nada más que su propio estremecimiento en el seno de las tinieblas. Otras veces, sobrecojido por la sospecha, permanecía en acecho durante horas detrás de las persianas ó em-

boscado en un pasillo; pero no se movía un alma, ni oía más que los violentos latidos de sus sienes. Era un perpetuo sobresalto: no se metía ya en la cama sin registrar antes todas las habitaciones, y se acostaba para no dormir, para despertarse anhelante al menor ruido, pronto á defenderse.

Y lo que agravaba el sufrimiento de Pascual era la idea constante, cada vez más tiránica, de que su tribulación era obra de la única criatura á quien quería en el mundo, de aquella adorada Clotilde, cuya belleza y hechizos veía crecer hacia veinte años, cuya vida se había desplegado hasta entonces como ramillete florido que perfumaba la suya. ¡Ella, Dios mío, ella que llenaba su corazón de un cariño absoluto, jamás analizado! ¡Ella, que había venido á ser su alegría, su animación, su esperanza, la nueva juventud en que se sentía revivir! Cuando pasaba Clotilde, con su cuello delicado, tan torneado y tan fresco, su vista le refrigeraba, bañándole en salud y alegría, como á impulsos de un renacimiento primaveral. Su existencia entera explicaba la posesión, la invasión de su ser por aquella niña, que, pequeña aún, había ocupado un puesto en su corazón; y, al crecer, fué llenándolo poco á poco to-

talmente. Desde su instalación definitiva en Plassans, llevaba una existencia de benedictino, enclaustrado con sus libros, lejos de las mujeres. No se le sabía más que su pasión por aquella dama, ya muerta, á quien jamás llegó á besar la punta de los dedos. Hacía, sí, sus viajes á Marsella; á lo mejor dormía fuera de casa. Pero eran ventoleras instantáneas, con la primera que salía al paso. No había vivido; conservaba una reserva de virilidad, cuyo oleaje se amontonaba entonces bajo la amenaza de la próxima vejez. Se hubiese apasionado por un animal, por un perro recogido en la calle que le hubiese lamido las manos; ¡y había de ser su enemiga precisamente aquella Clotilde queridísima, aquella niña hecha de pronto apetecible mujer, que ahora le poseía y torturaba!

Pascual, tan alegre, tan bueno, cayó entonces en sombrío humor y adquirió dureza insupportable. Se enfadaba por la menor cosa; daba empellones á Martina, que le miraba llena de asombro, con ojos sumisos de animal maltratado. De la mañana á la noche paseaba su angustia por la triste mansión, con tan mal talante, que no se atrevían á dirigirle la palabra. Ya no llevaba nunca á Clotilde: iba solo á sus visitas. Y solo volvió una

tarde, trastornado por un accidente, llevando sobre su conciencia de médico aventurero la muerte de un hombre. Había salido para hacer una inyección á Lafouasse, el figonero, cuya ataxia progresó repentinamente de tal modo, que le juzgaba desahuciado. Pero él, porfiando en luchar contra viento y marea, continuaba la medicación; y aquel día quiso la mala suerte que la jeringuilla recogiese del fondo del frasco una partícula impura escapada del filtro. Para colmo de desgracia, acababa de pinchar en una vena y asomó una gota de sangre. Se alarmó en seguida, al ver al figonero palidecer y sofocarse, cubriéndose de un sudor frío. Cayó en la cuenta después, al venir la muerte como una exhalación, amaratando los labios y poniendo negro el semblante del hombre. Era una obliteración; y no podía acusar más que á la insuficiencia de sus preparaciones, á aquel método bárbaro aún. Verdad que Lafouasse estaba perdido, que no hubiese vivido acaso más que seis meses, en medio de sufrimientos atroces; pero no por eso era menos positiva la brutalidad del hecho, aquella muerte afrentosa; ¡y qué desesperación, qué quebranto en su fe, qué cólera contra la ciencia impotente y homicida! Entró en su

casa lívido, y no volvió á aparecer hasta el día siguiente, después de pasarse diez y seis horas en su cuarto, atravesado en la cama, sin desnudarse, sin moverse ni respirar.

Aquel día, por la tarde, Clotilde, que estaba cosiendo cerca de él en la sala, se atrevió á romper el enojoso silencio. Había alzado los ojos, y le veía fatigarse en hojear un libro, buscando un dato que no encontraba.

—Maestro, ¿estás malo?... ¿Por qué no lo dices? Yo te cuidaría.

Pascual, con la cara pegada al libro, murmuró sordamente:

—Malo... ¡bastante te interesa á ti! Yo no necesito de nadie.

Clotilde repuso con ánimo conciliador:

—Si tienes penas, y puedes decírmelas, quizá sentirás algún alivio... ¡Ayer volviste tan triste! No debes dejarte abatir así. He pasado la noche muy intranquila; vine tres veces á escuchar á tu puerta, hostigada por la idea de que estuvieses enfermo.

Sus palabras, aunque tan dulces, fueron para él como un latigazo que le dobló. En su estado de debilidad enfermiza, experimentó brusco sacudimiento de cólera, que le hizo rechazar el libro y levantarse temblando.

—Eso es que me espías, que no soy dueño

quiera de retirarme á mi cuarto, sin que vayan á pegar el oído á las paredes... Sí: se escuchan hasta los latidos de mi corazón, se acecha mi muerte para saquearlo y quemarlo todo...

Y alzaba la voz y exhalaba en amenazas y quejas su injusto sufrimiento.

—Te prohibo ocuparte de mí... ¿Tienes otra cosa que decirme? ¿Has reflexionado?

Puedes poner tu mano en la mía lealmente diciéndome que estamos de acuerdo?

Pero Clotilde no respondía ya; se limitaba á seguir mirándole con sus grandes ojos lípidos, resuelta á reservarse aún; y él, más exasperado con aquella actitud, perdió todo dominio de sí; tartamudeó; la echó con un ademán.

—¡Vete! ¡vete!... ¡No quiero que estés cerca de mí! ¡No quiero enemigos á mi lado! ¡No quiero que venga nadie á volverme loco!

Clotilde se levantó muy pálida, y salió derecha, sin volverse, llevándose su labor.

Durante el siguiente mes, Pascual trató de refugiarse en un trabajo encarnizado de todas horas. Se pasaba los días enteros y hasta las noches solo en la sala, revisando documentos antiguos, refundiendo todos sus trabajos sobre la herencia. Parecía poseído

de verdadero furor por convencerse de la legitimidad de sus esperanzas, por obligar á la ciencia á darle la certidumbre de que cabía rehacer la especie humana, crear una humanidad sana y superior. Ya no salía; abandonaba á sus enfermos; vivía á solas con sus papeles, sin aire, sin ejercicio. Y al cabo de un mes de ese abuso de fuerzas, que lo destrozaba sin calmar sus berrinches domésticos, cayó en tal estado de agotamiento nervioso, que la enfermedad, ya hacía tiempo en germen, se declaró con violencia alarmante.

Ahora, al levantarse por la mañana, no podía con la fatiga, se sentía más pesado y cansado que la noche anterior al acostarse. Era una extenuación continua de toda su persona: en cuanto andaba cinco minutos le flaqueaban las piernas; al menor esfuerzo quedaba molido; no podía moverse sin experimentar al punto sufrimiento angustioso. A veces le parecía que oscilaba el suelo. Le aturdiran zumbidos continuos; tenía deslumbramientos que le hacían cerrar los párpados, como si le amenazase una lluvia de chispas. Había tomado aversión al vino; no comía; digería mal. Y en medio de la apatía de esa galbana creciente, estallaban á lo

mejor transportes súbitos, locuras de actividad inútil. Estaba roto el equilibrio; su debilidad irritable le llevaba de un extremo á otro sin razón aparente. Por la más ligera emoción se le llenaban de lágrimas los ojos. Había acabado por encerrarse, con tales accesos de desesperación, que lloraba sollozando durante horas seguidas, no por ninguna pena del momento, sino agobiado únicamente por la inmensa tristeza de las cosas.

Pero su mal redobló, sobre todo, después de uno de esos viajes á Marsella, una de esas escapatorias de solterón que á veces hacía. Quizá había buscado en el desorden distracción violenta, un alivio. No estuvo más que dos días, y volvió como anonadado, con la cara estólida del hombre que hubiese perdido su virilidad. Era una vergüenza indecible, un temor que las tentativas desesperadas habían trocado en certidumbre, y que iba á aumentar su huraño retraimiento de amante tímido. Nunca había dado importancia á tal cuestión, pero ahora le acosaba, le trastornaba, le enloquecía hasta el punto de pensar en el suicidio. Por más que calculaba que aquello sería pasajero sin duda, que en el fondo debía de haber una causa mor-

bosa, el sentimiento de su impotencia le desalentaba, y sentíase delante de las mujeres como el jovencillo á quien hacen tartamudear los deseos.

En los primeros días de Diciembre sufrió neuralgias intolerables. Los latidos que sentía en los huesos del cráneo le hacían creer á cada instante que iba á partírsele la cabeza. La viuda de Rougon, advertida de lo que pasaba, fué un día á saber noticias de su hijo. Pero se escurrió á la cocina, para hablar ante todo con la criada. Esta última, con semblante espantado y afligido, le dijo que el señor se volvía loco de seguro, y contó todas sus rarezas; aquel continuo ir y venir por el cuarto, aquel cerrar con llave todos los cajones, aquellas rondas de alto á bajo por toda la casa hasta las dos de la madrugada. Con lágrimas en los ojos, acabó por insinuar su opinión de que quizá se le había metido un diablo en el cuerpo, y de que no estaría de más avisar al cura de San Saturnino.

—¡Un hombre tan bueno!—repetía,—¡un hombre por el cual se dejaría una hacer pedazos! ¡Es una desgracia que no se le pueda llevar á la iglesia, cuando así se curaría en seguida de fijo!

Entró Clotilde, que había oído la voz de su

abuela Felicidad. También ella vagaba por las piezas vacías, viviendo principalmente en el salón abandonado de la planta baja. Pero no habló, se limitó á oír, en actitud de expectación reflexiva.

—¡Ah! ¿eres tú, hermosa? ¡Buenos días!... Martina dice que Pascual tiene un diablo metido en el cuerpo. Soy del mismo parecer; sólo que ese diablo se llama orgullo. El cree que lo sabe todo: es á la vez papa y emperador, y, naturalmente, cuando se le lleva la contraria, se exaspera.

Se encogía de hombros, llena de infinito desdén.

—A mí me daría risa, si no fuese cosa tan triste... Una criatura que no sabe absolutamente nada de nada, que no ha vivido, que se ha petrificado en tonto, engolfado en sus libroles. Ponedle en un salón, y le veréis tan inocente como la criatura acabada de nacer. Y á las mujeres, no las conoce siquiera...

Olvidando que hablaba delante de una doncella y una sirvienta honrada, bajaba la voz en tono confidencial.

—¡Ahl, también se paga eso de ser demasiado juicioso. Ni mujer, ni amante, ni nada. He aquí lo que ha concluido por revolverle la cabeza.

Clotilde no se movió. No hizo más que bajar lentamente los párpados, entornando sus grandes ojos reflexivos, y volverlos á abrir conservando su actitud de criatura reservada, enemiga de decir lo que pasaba en sus adentros. Era una cosa confusa aún, toda una evolución en que ella misma no veía claro.

—¿Está arriba, eh?—preguntó Felicidad.—He venido á verle, porque es preciso que esto acabe. ¡Es ya demasiada estupidez!

Y subió, mientras Martina volvía á sus pucheros, y Clotilde tornaba á vagar por la casa vacía.

Pascual estaba como estupefacto, con un librote abierto, en la sala del piso superior. No podía ya leer; las palabras huían, se borraban, no tenían ningún sentido. Pero él no cejaba, dominado por la angustia de perder hasta la facultad de trabajar, tan poderosa hasta allí. Su madre entró riñendo; le arrancó el libro, y lo tiró sobre una mesa, gritando que, cuando una persona estaba enferma, debía cuidarse. El se levantó con ademán colérico, dispuesto á echarla, lo mismo que á Clotilde. Pero haciendo un último esfuerzo de voluntad, adoptó actitud respetuosa.

—Madre, ya sabe que nunca he querido discutir con V... Déjeme; se lo suplico.

Felicidad, lejos de ceder, empezó á sermonearle por su continua desconfianza. El era el que se buscaba la fiebre con su manía de forjarse enemigos que le rodeaban de asechanzas y le espiaban para desbalijarle. ¿Era posible que un hombre de juicio se figurase que le perseguían así? Y, mudando de registro, le acusó de haberse engreído demasiado con su descubrimiento, con su famosa panacea que curaba todas las enfermedades. Tampoco era buen camino eso de creerse un Dios, máxime cuando las decepciones son entonces más crueles; é hizo alusión á Lafouasse, el hombre á quien había matado. Naturalmente, ya sabía ella que la cosa no le había sabido á plato de gusto, y que era motivo sobrado para caer en cama.

Pascual, que seguía reprimiéndose y con los ojos bajos, se limitó á repetir:

—Madre, se lo pido por favor: déjeme.

—¡Quiá, no! no quiero dejarte—gritó con la vehemencia que conservaba, á pesar de sus años.—He venido precisamente para zarrandarte un poco, para sacarte de esa fiebre en que te consumes... ¡No! ¡Esto no puede seguir así! ¡Yo no quiero que seamos la

comidilla de la ciudad entera con tus historias!... Quiero que te cuides.

Pascual, encogiéndose de hombros, dijo en voz baja, como si tratara de convencerse á sí mismo, á pesar de sus aprensiones:

—Yo no estoy malo.

Pero Felicidad saltó, fuera de sí:

—¡Cómo que no estás malo! ¡Cómo que no estás malo! ¡Médico al fin, para no verse á sí mismo!... ¡Ay pobrete! si salta á la vista de cuantos se te acercan: ¡te vuelves loco de orgullo y de miedo!

Esta vez Pascual levantó de pronto la cabeza, y clavó la mirada en los ojos de su madre, á tiempo que ella añadía:

—Es cuanto tenía que decirte, puesto que nadie ha querido encargarse de ello. Estás en edad de oír las verdades: digo, me parece. Hay que rehacerse; hay que pensar en otra cosa; es menester no dejarse dominar por la idea fija, sobre todo cuando se procede de familia como la nuestra... Tú la conoces. Mucho ojo: cuídate.

El doctor había palidecido, y seguía mirándola fijamente, como si la sondease para saber en qué se parecía él á aquella vieja terrible.

—Tiene V. razón, madre... Gracias.

Cuando estuvo solo, volvió á dejarse caer en su asiento, ante la mesa, con intención de reanudar la lectura. Pero ahora, como antes, no consiguió fijarse lo suficiente para comprender aquellas palabras cuyas letras se le embrollaban en los ojos. En cambio, las pronunciadas por su madre le zumbaban en los oídos: y la angustia, que empezaba á embargarle desde hacía tiempo, aumentaba y se acentuaba á la sazón, asediándole con la idea de un peligro inminente, ya bien definido. El, que dos meses antes se alababa y glorificaba de no ser de la familia, ¿iba á recibir, por lo visto, el mentís más tremendo? ¿Tendría el dolor de ver renacer la maca en su propio meollo? ¿Correría la espantosa suerte de caer en las garras del monstruo hereditario? Su madre lo había dicho: se volvía loco de orgullo y de miedo. La soberana idea, la exaltada convicción de que iba á abolir el sufrimiento, á dar voluntad á los hombres, á reconstruir una humanidad más sana y levantada, seguramente no era sino el principio de la locura de las grandezas. Y en aquel temor de una alevosía, en aquella necesidad imperiosa de acechar á los enemigos que suponía conjurados para perderle, reconocía fácil-

mente los síntomas del delirio persecutorio. De suerte que todos los antecedentes del linaje conducían á ese caso terrible: la locura inmediata, y luego la parálisis general y la muerte.

Desde aquel día Pascual vivió como un hechizado. El estado de agotamiento nervioso á que se veía reducido por el exceso de fatiga y por las penas, le entregaba sin resistencia posible á aquella obsesión de la locura y el sepulcro. Todas las sensaciones enfermizas que experimentaba —el inmenso cansancio al levantarse, los zumbidos, los deslumbramientos, hasta sus malas digestiones y sus accesos lacrimosos— juntábanse una á una, como pruebas patentes del próximo trastorno de que se creía amenazado. Había perdido completamente, en lo que á su propia persona se refería, su delicado diagnóstico de médico observador; y si aún razonaba, era para confundirlo y pervertirlo bajo el influjo de su depresión moral y física. No se pertenecía ya; bregaba como un loco para convencerse, hora por hora, de que acabaría por estarlo.

Empleó los días enteros de aquel pálido Diciembre en ahondar su dolencia. Todas las mañanas se proponía combatir la obse-

sión; pero siempre concluía por encerrarse en la sala para seguir dando vueltas á la madeja enredada de la víspera. El largo estudio que había hecho de la herencia, sus investigaciones, sus trabajos, lo envenenaban, ofreciéndole continuos motivos de inquietud. Allí estaban los documentos para responder con todas las combinaciones posibles á la perpetua interrogación que formulaba sobre su caso hereditario. Y las combinaciones eran tan múltiples, que se desorientaba. Si se hubiese engañado, si no pudiese clasificarse aparte como ejemplo notable de inatismo, ¿debía incluirse en la herencia regresiva, saltando una, dos y hasta tres generaciones? ¿Era su caso sencillamente una manifestación de la herencia larvada, y constituía entonces nueva prueba en apoyo de su teoría del plasma germinativo? ¿O se reducía tanto aparato y terror á la singularidad de las semejanzas sucesivas, á la brusca aparición de un antepasado desconocido, en el declive de su existencia?

Desde entonces no hubo ya para él tregua ni reposo: registraba sus apuntes, releía sus libros, se analizaba y espiaba la menor de sus sensaciones, en busca de hechos con que poder juzgarse. Los días en que andaba más

perezoso su pensamiento, en que creía experimentar fenómenos particulares de visión, se inclinaba á un predominio de la lesión nerviosa original; cuando creía, por el contrario, que el mal atacaba á las piernas, á los pesados y doloridos pies, se figuraba sufrir el influjo indirecto de algún ascendiente extraño á la familia. Todo se enmarañaba en su cerebro, y ya no sabía á qué atenerse en medio de las imaginarias perturbaciones que sacudían su desquiciado organismo. Y todas las noches venía á parar á la misma conclusión, y oía en su cráneo el mismo doble fúnebre: la herencia, el miedo de volverse loco.

En los primeros días de Enero, Clotilde presenció, sin querer, una escena que la oprimió el corazón. Estaba ella leyendo delante de una de las ventanas de la sala, oculta detrás del alto respaldo del sillón, cuando vió entrar á Pascual, que había permanecido recluso en su cuarto desde la víspera. Traía en las manos, desplegada ante su vista, una hoja de papel amarillenta, en que reconoció el árbol genealógico. Se hallaba tan embebido, y era tal la fijeza de su mirada, que hubiese podido presentarse Clotilde sin que él notara su presencia. Exten-